



Homilía de 23 de mayo, 2021

Pentecostés

Muy Rev. J. David Carter, JCL, JV

Todo el mundo conoce los devastadores efectos de una sequía. Sin agua comienzan a morir las cosas que antes vivían y las cosas que han sido plantadas no tienen esperanza de brotar y dar fruto.

El cuerpo humano es el mismo. Sin comida, el cuerpo humano puede durar semanas, si no meses (depende de tu reserva de grasa). Pero si le quitas el agua, el cuerpo humano solo puede durar días.

De hecho, a medida que se produce la deshidratación, el cuerpo comienza a volverse loco. La deshidratación crónica ocurre cuando el cuerpo se ve privado habitualmente del agua que necesita. Se ha demostrado que esto tiene consecuencias desastrosas para la salud. Por el contrario, se ha demostrado que simplemente beber suficiente agua todos los días tiene increíbles beneficios para la salud.

El alma, como la tierra y como el cuerpo, es lo mismo. El alma necesita su propio alimento y suministro de agua espiritual para sobrevivir y prosperar.

San Ireneo predicó de la misma manera en su tratado contra las herejías enfocándose en la imagen del Espíritu Santo como agua:

Del tratado Contra las herejías de San Ireneo, obispo  
(Lib. 3, 17. 1-3: SC 34, 302-306)

“Como harina seca, que no puede convertirse en un trozo de masa, en una barra de pan, sin humedad, nosotros, que somos muchos, no podríamos ser uno en Cristo Jesús sin el agua que desciende del cielo. Y como tierra reseca, que no da cosecha a menos que reciba humedad, nosotros, que alguna vez fuimos como un árbol sin agua, nunca podríamos haber vivido y dado fruto sin esta abundante lluvia de arriba. A través del bautismo que nos libera del cambio y la decadencia, nos hemos vuelto uno en cuerpo; por el Espíritu nos hemos hecho uno en alma ”.

Entonces, el Espíritu Santo es como el agua que hace que nuestras células funcionen en el cuerpo. El alma es regada por el Espíritu de Dios para darle vida. Pero la realidad es que a menudo permanecemos en un estado de deshidratación a nivel espiritual.

San Ireneo nos habla de la necesidad del Espíritu Santo diciendo: "Si no vamos a ser quemados y sin fruto, necesitamos el rocío de Dios".

De la misma manera, el Espíritu Santo se convierte en lo que es necesario para que prosperen todos nuestros sentidos espirituales. San Hilario retoma este tema cuando dijo:

Del tratado de la Trinidad de San Hilario, obispo  
(Lib. 2, 1, 33. 35: PL 10, 50-51. 73-75)

“Recibimos el Espíritu de la verdad para que podamos conocer las cosas de Dios. Para comprender esto, considere cuán inútiles se volverían las facultades del cuerpo humano si se les negara su ejercicio. Nuestros ojos no pueden cumplir su cometido sin luz, ni natural ni artificial; nuestros oídos no pueden reaccionar sin vibraciones sonoras y, en ausencia de olor, nuestras fosas nasales ignoran su función. No es que estos sentidos pierdan su propia naturaleza si no se utilizan; más bien, exigen objetos de experiencia para funcionar. Lo mismo ocurre con el alma humana. A menos que absorba el don del Espíritu a través de la fe, la mente tiene la capacidad de conocer a Dios, pero carece de la luz necesaria para ese conocimiento ”.



Entonces, el Espíritu Santo es la luz de Dios. Él es el sonido de Dios. Él es la fragancia de Dios. Sin el Espíritu Santo no podemos experimentar a Dios en el sentido espiritual. Sin estos atributos no podemos vivir la santidad para la que fuimos creados. Sin el Espíritu Santo somos como personas con ojos, pero en una cueva sin luz. Somos como personas con oídos en un espacio muerto sin reverberación. Somos como personas que tienen narices, pero sin incienso que oler, esterilizados y sin sabor. Sin el Espíritu Santo somos como una tierra seca y árida sin agua.

Necesitamos que el Espíritu Santo nos inunde con agua de arriba, nos ilumine con luz no creada y nos dé lo que necesitamos para escuchar la voz de Dios y experimentar la dulce fragancia de Dios.

San Hilario dice nuevamente: "Este don único que está en Cristo se ofrece en su plenitud a todos. Está disponible en todas partes, pero se le da a cada hombre en proporción a su disposición a recibirlo. Su presencia es más plena, mayor es el deseo de un hombre de ser digno de ella".

El regalo se ofrece pero debe ser deseado y recibido. Debemos rogar constantemente a Dios por el derramamiento de este don. Esto es lo que nos da la hermosa Secuencia para la misa de hoy. El Veni Sancte Spiritus es un modelo de oración y deseo por el Espíritu Santo.

Ven, Espíritu Santo,  
y desde el cielo  
envía un rayo de tu luz.  
Ven padre de los pobres,  
ven dador de las gracias,  
ven luz de los corazones.  
Consolador óptimo,  
dulce huésped del alma,  
dulce refrigerio.  
Descanso en el trabajo,  
en el ardor frescura,  
consuelo en el llanto.  
Oh luz santísima:  
llena lo más íntimo  
de los corazones de tus fieles.  
Sin tu ayuda  
nada hay en el hombre,  
nada que sea inocente.  
Lava lo que está manchado,  
riega lo que es árido,  
cura lo que está enfermo.  
Doblega lo que es rígido,  
calienta lo que es frío,  
dirige lo que está extraviado.  
Concede a tus fieles  
que en Ti confían,  
tus siete sagrados dones.  
Dales el mérito de la virtud,  
dales el puerto de la salvación,  
dales el eterno gozo.



Amén, Aleluya.

Además del deseo del Espíritu Santo, también debemos tener práctica en recibir los dones de Dios. Esto es lo que significa ser un católico practicante. Significa que constantemente nos ponemos en posición de recibir Su Amor en la forma del Espíritu Santo. El medio de obtener la Gracia que nos llega a través del Espíritu Santo se encuentra principalmente en los sacramentos. Recibir los sacramentos de iniciación, Bautismo, Confirmación y la Sagrada Eucaristía. Recibir los sacramentos de la curación con frecuencia, la confesión y, cuando sea necesario, la unción de los enfermos. Recibir y vivir los sacramentos de la vocación ya sea del matrimonio o del orden sagrado.

Otros medios para recibir el don del espíritu son: Oración: pasar tiempo con el Señor. Tienes que ponerte en su presencia. Tienes que ser intencional al respecto, no solo pasivo. Significa abrir tu corazón, no solo tus labios. Significa doblar tu voluntad, no solo tu cuerpo.

Otros medios más son Pasar tiempo en las Escrituras, leer la Palabra con el deseo de estar lleno de Sabiduría, Conocimiento y Entendimiento. Obras de misericordia y caridad. Realizar actos de perdón; Haciendo actos de rendición.

La realidad es que solemos andar en un estado de sequía habitual. A veces ni siquiera nos damos cuenta. Estamos deshidratados, ciegos, sordos y sin gusto. Esto es aún más cierto cuando se nos ha privado de los sacramentos o nos hemos alejado de la vida de oración durante algún tiempo. Estamos viendo estos efectos de manera más aguda en el último año cuando una pandemia global resultó en el cierre de nuestras Iglesias y la limitación de los sacramentos. Cuando abandonamos la práctica de la fe, rápidamente nos deshidratamos, espiritualmente hablando. Hemos tenido que depender de nuestras reservas de agua y gracia, pero a menudo se han agotado muy rápidamente y nos quedamos sin nada. Gracias a Dios porque ahora estamos en un momento en el que se han levantado las restricciones y dispensaciones para que podamos recibir una vez más la efusión de la Gracia que proviene de los sacramentos.

Pero les dejo con una última cita de San Hilario, “Este regalo permanecerá con nosotros hasta el fin del mundo, y será nuestro consuelo en el tiempo de espera. Por los favores que otorga, es la promesa de nuestra esperanza para el futuro, la luz de nuestras mentes y el esplendor que irradia nuestro entendimiento”.

Ven, espíritu santo  
¡Alabado sea Jesucristo!